

El fin de la sociedad populista y la estrategia de las fuerzas populares

LILIANA DE RIZ

El golpe en Chile cerró una década, iniciada con el golpe brasileño de 1964, en la que la derrota del sector popular y sus aliados quebró las esperanzas —reformistas y revolucionarias— de que nuestras sociedades marcharan rápidamente hacia una nueva organización económica y social. El retorno de los militares en Argentina, en marzo de 1976, fue el acto más reciente de este drama que, con variantes específicas en cada sociedad, tiene por escenario a América del Sur. Hoy nos encontramos ante realidades diferentes de las previstas por las distintas corrientes intelectuales que levantaron las banderas de la transformación social en la década del sesenta.

Actualmente se asiste en todas partes a la descomposición del tipo de sociedad que acompañó el pasaje al capitalismo industrial en la región. No es nuestro propósito analizar aquí las razones específicas de las rupturas en cada sociedad ni el peso de la intervención externa y de las dificultades internas en cada caso. Más bien se trata de reflexionar sobre las condiciones particulares que revistieron las luchas políticas en esas sociedades, como paso previo para abordar el tema central de este trabajo: las condiciones de producción social de la fragmentación-unificación del campo político de las fuerzas populares.

Este objetivo impone —aunque sea de manera todavía poco rigurosa— definir el tipo de sociedad de la que la Unidad Popular en Chile o el retorno del peronismo en Argentina fueron sus últimos y más extremos ejemplos. Esa sociedad comenzó a gestarse, por ejemplo, en la Córdoba de 1918, con el primer movimiento de modernización promovido por los estudiantes a comienzos del gobierno radical. Y fue también la sociedad expresada en el Uruguay por el batllismo. Tomando esta premisa como punto de partida del razonamiento y haciendo una breve revisión de los acontecimientos en Brasil, Uruguay, Chile y Argentina, lo que aparece es la vida y la muerte de la sociedad populista, de las configuraciones sociales y políticas que acompañaron la transición al capitalismo indus-

trial en las sociedades dependientes. En esas sociedades del Cono Sur del continente, la participación electoral de las masas —la conquista de la ciudadanía— y el aumento de los salarios reales, conquistas de los sectores urbanos y rurales, han dejado de ser los instrumentos de legitimación e integración del Estado. Estas notas no se proponen elaborar una teoría alternativa del fenómeno populista, tema que excede el campo que este trabajo se propone abordar.¹ Sin embargo, es necesario hacer algunas aclaraciones acerca del uso del término “populista”. En efecto, el concepto de “populismo” es utilizado en este texto para designar las configuraciones sociales, políticas e ideológicas que acompañaron la transición al capitalismo industrial en las sociedades dependientes que lograron un desarrollo capitalista más temprano en la región. Pese al riesgo que implica delimitar un referente como el señalado (el tipo de sociedad) y pese a la consiguiente pérdida de precisión frente a otras interpretaciones del fenómeno (me refiero, en particular, al trabajo de F. Laclau, citado), creo que esta lectura del fenómeno es fértil para la reflexión que se intenta en este trabajo.

El populismo, con esta óptica, califica a un tipo de sociedad sin quedar circunscrito al nivel de la ideología y/o el de los movimientos sociales o políticos. Así definido, el referente pasa a ser un modo de industrialización, un modelo cultural, un tipo particular de relación entre las clases en lucha (y, por lo tanto, un tipo particular de lucha de clases).² El populismo designaría un fenómeno multidimensional: económico, social, político e ideológico, expresado en un modo particular de articulación Estado-sociedad y ligado a una determinada etapa de la acumulación capitalista. La ventaja de la relativa indeterminación teórica que se otorga al concepto reside, a mi juicio, en que deja abiertas las puertas a elementos teóricos e históricos que hacen más fértil el esquema explicativo.³

La hipótesis central que guía estas reflexiones es que *un análisis de las condiciones de producción-descomposición de la sociedad populista se constituye en una parte indispensable del estudio de la estrategia de las fuerzas populares en el presente*. Para decirlo en términos más precisos: la sociedad populista ha muerto. La estrategia política de las fuerzas populares no puede construirse con base en la nostalgia de ese pasado populista.

¹ El esfuerzo más elaborado en esta dirección, emprendido desde una lectura marxista del fenómeno, es el trabajo de E. Laclau: *Política e ideología en la teoría marxista*. México, Siglo XXI Eds., 1978. Este trabajo, partiendo de un enfoque distinto del de Laclau, intenta establecer una línea de continuidad con las reflexiones por él desarrolladas.

² Esta concepción del análisis de la sociedad ha sido desarrollada por Alain Touraine. Véase en particular: *Production de la Société*. París, Editions du Seuil, 1973.

³ Para una reflexión crítica sobre el trabajo de E. Laclau citado, véase Emilio de Ipola: *Populismo e ideología* (A propósito de E. Laclau: “Política e Ideología en la teoría marxista”). Mimeo, FLACSO, México, agosto de 1979.

Cabe preguntarse, pues, cuáles son las nuevas condiciones de producción social de una estrategia política alternativa en el presente. En efecto, el drama actual se proyecta en un escenario real profundamente modificado con respecto al pasado. La represión pasó a constituirse en el elemento central de la dominación. La vida cotidiana se desenvuelve según las necesidades de la ganancia capitalista, o sea según las leyes del mercado. La represión antipopular es el sostén (a la vez que el talón de Aquiles) de las nuevas formas de dominación que intentan establecerse. La democracia se convirtió en un lujo excesivo ante lo que está en juego: un reordenamiento del bloque de poder con miras a la ubicación de la sociedad en un nuevo sistema internacional de división del trabajo, concebido a escala mundial por las empresas transnacionales. La represión es la otra cara del proyecto con que los militares intentan una transformación profunda de la economía y de la sociedad, transformación cuya lógica implica la imposibilidad de que las clases dominantes restauren una estrategia populista.

El control directo de los sindicatos, la cárcel, la tortura y el asesinato de grupos extremistas y de todos aquellos —obreros, intelectuales, políticos— cuyas demandas amenazan una “paz social” basada en el rezago cada vez mayor de los salarios con respecto a los precios y a las ganancias, muestran la clausura de la política en las dictaduras latinoamericanas.

La dictadura militar intenta retrotraer a la sociedad civil a un estadio prepolítico. El enfrentamiento de clase aparece en forma más directa, pero atomizado, desarticulado, carente de mediaciones (partidos) legítimas. En esas condiciones, las bases ideológicas y materiales de las luchas populares se trastocan.

Frente a este panorama, contrapartida de la derrota de los sectores populares, los movimientos políticos de izquierda enfrentan el desafío de definir una nueva estrategia política, estrategia que no puede quedar subordinada a la esperanza de la derrota, en el corto plazo, de las dictaduras militares. Una parte esencial de la construcción de una nueva estrategia de las fuerzas populares consiste en repensar los modos de concebir y aplicar las categorías analíticas. Los viejos temas que antes aparecían fragmentados, tanto en el plano de las concepciones analíticas como en el de las estrategias políticas —la democracia, el populismo, el socialismo—, comienzan a ser replanteados. En esos replanteamientos, por primera vez se presenta una posibilidad antes inexistente: la de abordarlos desde una perspectiva de unificación del campo político de las masas populares.

Cabe preguntarse si esos temas se plantean de un modo diferente que en el pasado o sí, por el contrario, se reducen a ser la expresión de la nostalgia por una sociedad populista. Si la sociedad populista ha muerto, una estrategia que se limite a reiterar los intentos de reconstruir grandes alianzas de clase —a la manera de la Unidad Popular en Chile o la Argentina de Cámpora— ¿no está destinada a reiterar sus consecuencias

negativas, o sea, a mantener el divorcio entre las luchas políticas e ideológicas y las luchas de clase (las contradicciones en el plano de la producción)?⁴ Estos interrogantes obligan a introducir el tema de la democracia como parte constitutiva de la estrategia de las fuerzas populares en el presente.

LA CUESTIÓN DE LA DEMOCRACIA

Como es sabido, la relación entre capitalismo y democracia no es una relación de implicación lógica de tal suerte que la democracia se pueda inferir de la estructura económica. Por el contrario, este régimen político es el resultado históricamente contingente de una relación de fuerzas políticas, en gran parte nacidas del proceso de acumulación capitalista pero cuya dinámica no se agota en el estudio de la acumulación. Con la eventual excepción de Estados Unidos, el triunfo de la democracia liberal data de fines del siglo XIX y comienzos del XX, período de ascenso del proletariado. El sufragio universal nunca constituyó un objetivo de la burguesía: por el contrario, fue una concesión duramente arrancada por las luchas de los obreros y de los campesinos. Por cierto que la burguesía incorporó esa demanda, reelaborando su significado en su proyecto hegemónico.

En América Latina, la democracia en su versión clásica, liberal, fue la conquista de los sectores medios que pugnaron por la ampliación de la participación política, por la obtención de la ciudadanía. El radicalismo en Argentina, el batllismo en Uruguay, el alessandrismo de los años veinte en Chile, el movimiento "tenentista" en Brasil o el maderismo en México, protagonizaron esas luchas democráticas.

⁴ Las luchas políticoideológicas tendrían como referente lo que Laclau denomina "lucha popular democrática". Sin embargo, cabe aclarar que a diferencia del enfoque de Laclau, la distinción entre "lucha de clases" y "lucha popular-democrática" no descansa en la diferenciación analítica entre modo de producción y formación social, a la que recurre Laclau (*op. cit.*, p. 121). Las luchas democráticas de las fuerzas populares apuntan, o tienen como blanco de la acción, al sistema político, mientras que las luchas de clase son portadoras de un conflicto que involucra el cuestionamiento del modo de producción y distribución de la riqueza social. Esta distinción es puramente analítica ya que las luchas sociales tienen una orientación multidimensional: en ellas coexisten demandas conflictuales diversas y elementos de lucha de clases que atacan el modo de producción capitalista como tal. No existen, pues, luchas de clase en estado puro, puesto que las formas de acción colectiva en una determinada sociedad están atravesadas por sistemas de organización y formas de decisión política y representación. Tampoco existen luchas políticas e ideológicas de las que esté ausente la dimensión clasista de los conflictos.

La oposición democrática, con objetivos limitados en el enfrentamiento entre "pueblo y oligarquía", terminó por desbordar los marcos del liberalismo (la conquista de la ciudadanía), como observa Laclau.⁵ Para Laclau, el desfasaje que se produce entre el discurso democrático y el discurso liberal sitúa la brecha que abre la posibilidad al populismo como ideología alternativa. Ese desfasaje encuentra sus raíces en el terreno de la fragmentación objetiva de las prácticas de los sectores populares (la desarticulación económica y social de esas sociedades).

El populismo, entendido no exclusivamente como un fenómeno ideológico sino como una configuración societal, comenzó a cobrar vida en el momento en que las luchas democráticas de las fuerzas populares cuestionaron las bases del Estado oligárquico-liberal. Las escisiones en el radicalismo argentino y la radicalización del movimiento de los "tenientes" en Brasil, constituyen buenos ejemplos de movimientos políticos que se plantean una alternativa a ese Estado.

Lo que importa destacar aquí es que en América Latina las luchas democráticas fueron una parte esencial de las luchas de las fuerzas populares. El hecho de que la oligarquía latinoamericana absorbiera esas demandas y las reabajara en su estrategia de hegemonía, no borra el carácter popular de las mismas.

Que las demandas democráticas se fusionaran con el sistema liberal-oligárquico y, más tarde, con el proyecto burgués de modernización del capitalismo, no autoriza a sostener un argumento reduccionista por el cual la democracia se adscribe a la burguesía como su patrimonio exclusivo. Uno de los méritos más sobresalientes del trabajo de E. Laclau consiste, a mi juicio, en haber desarrollado una concepción no reduccionista de las ideologías.⁶ De esa concepción no reduccionista se deriva la posibilidad de plantearse cuáles fueron los significados de la lucha democrática de las fuerzas populares en distintas coyunturas históricas. Más específicamente: cuál fue la relación particular que se estableció entre las luchas democráticas de los sectores populares y las contradicciones de clase en la sociedad populista.

Mi idea es que esa relación particular se expresó a través de una articulación *sui generis* entre las luchas políticas y los conflictos sociales (la lucha de clases en el plano de la producción). La oposición en el plano político-ideológico no tradujo los conflictos nacidos en el mundo de la producción. Tampoco, sin embargo, los ignoró; más bien tomó de ellos aquellos que necesitaba: una "materia prima" que sería reabajada con arreglo a un proyecto político que, al tiempo que neutralizaba el antagonismo potencial de dichos conflictos, tenía como objetivos centrales la ampliación de la participación política y la integración de un nuevo Estado, agente de la modernización capitalista de la sociedad. Así, pues, la

⁵ E. Laclau, *op. cit.*, p. 221.

⁶ *Ibidem.*

lucha contra la explotación de una clase por otra quedó subordinada a una lucha librada en el sistema político, no en la fábrica.

LAS LUCHAS DEMOCRÁTICAS EN LA SOCIEDAD POPULISTA

Los populismos fueron en América del Sur protagonistas de la democracia: el espacio político fue el escenario dominante del enfrentamiento que opuso al pueblo contra la oligarquía. La voluntad popular se canalizó a través del sufragio. La lucha por la inclusión de nuevas fuerzas sociales en el sistema político se expresó de manera condensada en el conflicto "pueblo-oligarquía", eje de articulación de un movimiento social en el que la perspectiva de clase se subordinó a la conquista de un espacio institucional de negociación de los conflictos y para el cual el nacionalismo económico y el impulso a la industrialización constituyeron las "ideas-fuerza" de la construcción de un nuevo Estado.

La transición hacia la sociedad populista no surgió de la ruptura total con el viejo orden sino de un "clima" populista —la convergencia de las demandas de fuerzas sociales heterogéneas— en el que las masas urbanas, los sectores medios en formación y el Estado aunaron sus fuerzas contra la vieja oligarquía para lograr el desarrollo nacional (un nuevo modelo económico y una nueva forma de hegemonía). Período fácil, alimentado de la sustitución de importaciones impuesta por la ruptura del mercado mundial a partir de la gran crisis de 1929, esa etapa, que se prolonga hasta la guerra de Corea, presenta como rasgo característico en el plano sociopolítico el hecho de que los antagonismos sociales creados por la industrialización fueron débiles. El costo social de la industrialización recayó sobre el campesinado y sobre los sectores marginales urbanos. La existencia de una gran fragmentación del espacio económico, resultado de los desequilibrios regionales y de la concentración del ingreso y de las inversiones en determinados sectores, dejaba disponible una enorme masa de trabajadores marginales y no organizados sindicalmente, cuya aspiración básica era escapar a la marginalidad y a la miseria antes que combatir la explotación de una clase por otra.

Articulados en un movimiento modernizador que prometía la participación social en los beneficios del progreso, los obreros industriales se opusieron a los señores de la tierra y no a la burguesía industrial; la naciente burguesía industrial y los sectores medios definieron a la vieja oligarquía como su adversario. De este modo, la alianza contra el pasado reunió a un conjunto heterogéneo de fuerzas sociales —fruto de la yuxta-

posición de diferentes formas de producción y de la imperfecta integración regional— que desdibujó los clivajes de clase presentes en el mundo de la producción. La polarización política no se dio, pues, en torno al conflicto capital-trabajo; de ahí resulta la eficacia particular del discurso populista para movilizar a los sectores populares. De ello se deriva también la importancia de la figura del líder como depositario de la unidad de las prácticas sociales, objetivamente fragmentadas en el plano de los movimientos sociales.

La lucha contra los partidarios de la industrialización limitada, la defensa ante el desempleo, la conquista de una participación política ampliada, fueron luchas de las clases populares que irrumpieron masivamente en la escena política. Pero, y este rasgo me parece decisivo para entender el significado social de esas luchas, ellas fueron también el soporte central del nuevo Estado que llenaría el vacío dejado por el Estado liberal-oligárquico en crisis. Un Estado en el que la oligarquía perdió poder político pero conservó lo esencial de su base económica de poder; un Estado en el que las demandas democráticas de las fuerzas populares se canalizaron, fundamentalmente, a través de medidas distribucionistas en lo económico.

LA CRISIS DE LA SOCIEDAD POPULISTA Y LA RADICALIZACIÓN DE LAS LUCHAS DEMOCRÁTICAS DE LAS FUERZAS POPULARES

La lógica del desarrollo capitalista, posterior a la guerra de Corea, rompió las reglas del juego con base en las que se había fundado la sociedad populista. La acumulación acelerada de capital, el incremento de la eficiencia productiva como requisito, la racionalización del Estado y sus implicaciones negativas en el gasto público, fueron demandas nacidas de esa lógica. La clase capitalista, en tanto que fracción de la población, disminuyó considerablemente como consecuencia de los fenómenos de concentración y centralización. La entrada masiva de capital extranjero resituó a esas sociedades bajo la égida del mercado internacional, acentuando la dependencia externa y, por ende, la vulnerabilidad de sus economías. El “Estado-providencia” de ese “capitalista sabiamente gobernado” al que gustaba referirse Perón como fundamento del crecimiento industrial y del bienestar social, entró en crisis. Al mismo tiempo, los obreros asalariados crecieron en importancia numérica y en grado de organización. Los problemas de clase reaparecieron como problemas políticos ante los cuales el Estado se mostró cada vez más impotente para actuar como agente mediador.

La agudización de las contradicciones durante los últimos regímenes populistas en el Cono Sur (Kubitscheck, Quadros y Goulart, en Brasil; los finales del segundo gobierno peronista y el gobierno de Frondizi en

Argentina; el gobierno demócrata cristiano de Frei en Chile y el último gobierno batllista en Uruguay) desembocó en una doble crisis. Por un lado, una crisis de las formas de acción de las clases dominantes, internamente fracturadas en torno al modelo de desarrollo y debilitadas en su capacidad de arbitraje social. Y, por otro, una crisis de las formas de acción de las clases dominadas. Desde abajo surgieron nuevas formas de acción obrera y popular que, con variables grados de organización y capacidad de veto político, opusieron su resistencia a un modelo concentrador y excluyente en beneficio del capital monopólico asociado a las transnacionales.

El surgimiento de movimientos populares libres de la tutela estatal propia de la situación populista constituye la otra cara de la doble crisis de la sociedad populista; doble crisis que se manifiesta en una situación en la que ya no es posible neutralizar de manera no coercitiva las demandas "salvajes" de los sectores dominados. El retorno del peronismo en Argentina, en 1973, y el gobierno de la Unidad Popular en Chile constituyen experiencias límites que ejemplifican una radicalización profunda de los conflictos presentes en la sociedad populista (a reserva de que sea preciso retener la especificidad de cada caso).

A medida que la capacidad de arbitraje de las élites dirigentes se debilitaba y se radicalizaban los contenidos de las demandas democráticas de los sectores populares, las luchas políticas cobraron un significado nuevo respecto del que les diéramos sentido en la sociedad populista consolidada. La brecha existente entre las luchas políticas y los conflictos sociales (la lucha de clases) se acortó y los clivajes políticos se aproximaron más a las oposiciones de clase en el campo económico. Por un proceso de signo inverso al ocurrido entre los años treinta y comienzos de los cuarenta, la perspectiva clasista de las luchas comenzó a cobrar fuerza frente a la orientación populista dominante hasta entonces. La radicalización misma de la lucha democrática —Argentina y Chile son sociedades que ilustran esta tendencia de manera muy clara— llevó a las clases dominantes a clausurar el sistema político como espacio de enfrentamiento-negociación de los conflictos sociales. Desde el ángulo de las fuerzas populares, esa radicalización de los contenidos de las luchas se expresó en el resurgimiento de un movimiento de clase y en la guerrilla.

LAS DICTADURAS MILITARES Y LAS NUEVAS CONDICIONES DE LA LUCHA DE LAS FUERZAS POPULARES

Con la emergencia de las dictaduras militares desapareció el espacio político de negociación de los intereses de clase, trastocándose las bases materiales e ideológicas de las luchas populares. La reestructuración po-

lítica y económica exigida por la acumulación capitalista no pudo llevarse a cabo desde dentro del sistema político. Los militares asumieron el desafío de crear las condiciones económicas y políticas de un "nuevo" capitalismo. Ello implica que el Estado ya no es más el agente bismarckiano de creación de un capitalismo nacional y, también, que su papel en la economía debe ser redefinido, ya que el modo de desarrollo que se busca imponer implica un retroceso del nacionalismo económico heredado de la sociedad populista (aunque el nacionalismo económico siga siendo una ideología con arraigo en sectores militares). El dilema represión anti-popular aceleración del desarrollo capitalista constituye el doble aspecto de ese desafío. Los militares deben reprimir, pero también incorporarse al mundo occidental, mundo en el que no tiene buena acogida la dictadura pura y simple.

La perspectiva de una apertura democrática limitada para un futuro, no precisado en el tiempo, deja al desnudo el carácter excepcional de la dominación. Una dominación que se propone sentar las bases de una nueva sociedad, crear los ciudadanos de una nueva democracia. La "distensión" en Brasil, el caso más claro y también el más antiguo de este tipo de regímenes en el Cono Sur, está orientada a asegurar, lentamente y desde arriba, sin correr el riesgo de un desborde popular, una cierta institucionalización de un "nuevo" capitalismo. Esa apertura puede limitar el ejercicio de la violencia y la represión pero no puede restablecer las libertades democráticas ni poner fin a la explotación acrecentada de los trabajadores.

En esta realidad transformada, la lucha política de las fuerzas populares —lucha por la recuperación de las libertades democráticas— cobra un nuevo significado, radicalmente diferente del que tuvo en la sociedad populista. Esa lucha puede converger con la lucha contra la explotación: la brecha entre luchas políticas y conflictos sociales comienza a achicarse.

Los movimientos políticos de izquierda enfrentan el desafío de encontrar nuevas formas orgánicas, políticas e ideológicas, para situar la perspectiva de clase en un movimiento social, democrático y nacional, capaz de articular la lucha por la democracia con la lucha por la sociedad socialista.

A modo de conclusión, podría afirmarse que, en virtud de una doble "paradoja" —que obedece a una lógica profunda *la sociedad populista fue una sociedad despolitizadora*. Y ello en tanto que el eje de su construcción y consolidación supuso un "desplazamiento" de las luchas al afirmar la centralidad de lo político. La participación política —la apertura de canales institucionales para procesar las demandas de las fuerzas populares— tenía como precio el poner un dique (en el doble sentido de

contener y separar) a los virtuales antagonismos políticos susceptibles de emerger desde el fondo de las luchas sociales. *

El reverso de la medalla, o si se quiere, la otra cara de la "paradoja", son los actuales regímenes militares: el Estado decreta, y en cierto sentido, opera, la clausura de la política. Disuelve los partidos rebeldes, suspende a los otros, destruye organizaciones, persigue, envía a prisión o asesina a sus adversarios reales o virtuales. Es cierto, en consecuencia, que disuelve la política. Pero disolver no es anular. Por el contrario, *al eliminar el lugar "natural" de la política, ésta se vuelve ubicua*. Las luchas sociales se politizan y aunque se acentúe la atomización de la protesta colectiva, emergen contenidos conflictuales de clase que ponen en cuestión las relaciones de clase y el modo de producción.

* En tal sentido la estrategia del primer peronismo en Argentina (1946-1955) fue muy clara: en la mayoría de los casos los conflictos laborales eran resueltos según el doble expediente de satisfacer las demandas económicas, al menos parcialmente, y liquidar a las direcciones sindicales: un dirigente sindical rebelde es un líder político potencial, tanto más peligroso cuanto que amenaza con cuestionar la escisión entre "lo gremial" y "la política", indispensable a la estabilidad de la sociedad populista en un lugar particularmente crítico (la clase obrera).⁷

⁷ Para una reflexión sobre este tema pueden consultarse los trabajos de Juan Carlos Torre, en particular "La caída de Luis Gay", en *Todo es Historia*, Buenos Aires, 1974.